

y hasta dejó a la madre, como si optara por sacrificarla antes de estar cerca de su hermano, y corrió a esconderse detrás del padre, quien desconcertado, al verla tan sobresaltada, se puso en pie e hizo ademán de extender los brazos para protegerla.

Sin embargo, Gregorio no tenía la menor intención de asustar a nadie, y mucho menos a su hermana. Lo que hacía no era sino tratar de dar vuelta para regresar, arrastrándose, a su habitación; operación sin duda sobrecogedora, porque dada su impotente condición no podía ejecutar el difícil movimiento de darse vuelta a no ser que levantara la cabeza y luego la apuntalara en el suelo repetidamente. Se paró, mirando a su alrededor. Parece que habían comprendido su buena intención: la alarma fue sólo momentánea. Ahora todos le observaban en melancólico silencio. La madre yacía en su butaca, con las piernas estiradas y muy juntas, y los ojos casi cerrados por repentina fatiga. El padre y la hermana se habían sentado uno al lado del otro, y la hermana rodeaba con su brazo el cuello del viejo.

—Ahora quizá pueda seguir dándome la vuelta —pensó Gregorio, iniciando de nuevo su tarea. No lograba contener sus resoplidos, y de vez en cuando se detenía para recobrar aliento. Pero nadie le apremiaba; se le había dejado en completa libertad. Cuando terminó de dar la vuelta, comenzó inmediatamente la marcha atrás en línea recta. Le asombró la distancia que le separaba de su habitación, y no podía entender cómo en su actual estado de debilidad había logrado, un rato antes, hacer ese mismo viaje casi sin darse cuenta. Preocupado en avanzar lo más rápido posible, apenas si se percató de que ningún miembro de la familia le azuzaba con palabras o gritos. Sólo al llegar al umbral de la puerta volvió su cabeza; y no completamente, porque los músculos del cuello los sentía un poco rígidos, pero sí lo suficiente para ver que a sus espaldas nada había cambiado, a no ser que su hermana se había puesto en pie. Y su última mirada la dirigió a su madre, que ahora estaba dormida.

En cuanto entró a su habitación cerraron apresuradamente la puerta, pusieron el pestillo y echaron la llave. El estrepitoso ruido que con este motivo oyó a sus espaldas, le asustó en tal forma que se le doblaron las patas. La hermana era la que tenía tanto apuro. De pie, estaba lista

en espera de la ocasión de poder precipitarse a encerrarlo. Gregorio ni la oyó acercarse.

—¡Por fin! —exclamó ella mirando a sus padres, al tiempo que le cerraba con llave.

—¿Y ahora? —se dijo Gregorio mirando a su alrededor, en la oscuridad. Rápidamente se convenció de que estaba totalmente imposibilitado de moverse. Cosa que no le sorprendió; más bien hubiera encontrado realmente extraño que le fuera posible hacerlo con sus débiles patitas. Por otra parte se sentía relativamente a gusto. En verdad que tenía dolorido todo el cuerpo; pero le pareció que estas dolencias iban en gradual disminución y creía que, finalmente, acabarían por desaparecer. La manzana podrida, incrustada en su espalda, y la inflamación, que se veía blanquecina por el polvo, le molestaban poco. Pensaba en su familia, con ternura y amor. En él era más fuerte, si cabe, que en su hermana, el convencimiento de que debía desaparecer.

Y en ese estado de ociosa y dulce meditación siguió hasta que en el reloj de la torre de la iglesia dieron las tres de la madrugada. En la ventana volvió a ver la luz del alba que clareaba al mundo exterior. Después, contra su voluntad, su cabeza se hundió totalmente, y su hocico despidió un débil y último aliento.

En la mañana temprano, cuando entró la asistente —que con su fuerza e impaciencia daba tales golpes en las puertas que desde que llegaba nadie en la casa podía seguir gozando de descanso, con todo y con que se le rogó que no se comportará así— para hacer su acostumbrada visita a Gregorio, no advirtió nada extraño en el cuarto. Creyó que Gregorio yacía inmóvil a propósito, para demostrar su enojo, pues le encontraba capaz de razonar perfectamente. Ya que llevaba en la mano una escoba de mango largo, se le antojó hacerle cosquillas a Gregorio desde la puerta.

Pero viendo que con esto no reaccionaba, se sintió desafiada, y empezó a águjonearle un poco más fuerte, y sólo luego de empujarle por el suelo sin hallar oposición alguna, lo miró con detenimiento, no tardando mucho en percatarse de lo ocurrido; abrió desmesuradamente los ojos, y se le escapó un gemido. Pero no perdió mucho tiempo, y abriendo con brusquedad la puerta de la alcoba de Samsa, gritó a todo pulmón, en la oscuridad:

—¡Vengan a ver esto: está muerto! ¡Ahí está, muerto y bien muerto!

El señor y la señora Samsa se incorporaron en su lecho matrimonial, y antes de que se dieran cuenta de lo que la sirvienta les estaba anunciando, tuvieron mucha dificultad para recobrarle del sobresalto. Pero luego se bajaron en seguida de la cama, cada quien por su lado. El señor Samsa se echó una manta sobre los hombros y la señora Samsa llevaba sólo su camisón de dormir; y en estas fachas entraron a la habitación de Gregorio. Entre tanto también se abrió la puerta de la sala de estar, donde dormía Grete desde que llegaron los huéspedes. Grete estaba vestida completamente, como si no se hubiera acostado, cosa que también hacía suponer la intensa palidez de su rostro.

—¿Muerto? —exclamó la señora Samsa, mirando en forma interrogativa a la asistente, aunque podía comprobarlo por sí misma; y el hecho era bastante obvio para que precisara de averiguación.

—Yo diría que sí —respondió la asistente, empujando un buen espacio con el escobón el cuerpo inerte de Gregorio, y haciéndolo a un lado como probando lo que decía. La señora Samsa hizo ademán de detenerla, pero se contuvo.

—Bien —dijo el señor Samsa —ahora demos gracias a Dios—. Se santiguó y las tres mujeres hicieron lo mismo. Grete, que no dejaba de mirar el cadáver, señaló:

—Miren lo flaco que estaba. Claro que hacía tiempo que ni comía nada. Ni tocaba los alimentos. —Indudablemente que el cuerpo de Gregorio estaba todo plano y seco. Sólo en este momento se daban cuenta del por qué ya no lo sostenían sus patitas, y nadie apartaba de él la vista.

—Grete, ven un momentito con nosotros —dijo la señora Samsa sonriendo tristemente. —Y Grete, no sin mirar hacia atrás al cadáver, siguió a sus padres al dormitorio. La asistente cerró la puerta y abrió la ventana de par en par. Es cierto que aún era muy de mañana, pero se percibía cierta tibieza en el aire fresco. Después de todo ya era fines de marzo.

Los tres huéspedes salieron de su alcoba y se sorprendieron al no ver su desayuno. Nadie se había acordado de ellos.

—¿Dónde está nuestro desayuno? —preguntó impaciente a la asistente el señor que parecía tener más autoridad de los tres.

La mujer se puso el dedo sobre los labios, y sin hablar palabra, sólo por señas, les acució para que entraran a la habitación de Gregorio, ahora inundada de claridad. Y así lo hicieron, permaneciendo allí, alrededor del cuerpo de Gregorio, con las manos metidas en los bolsillos de sus ya raídas levitas. En esto se abrió la puerta de la alcoba y apareció el señor Samsa, de uniforme, llevando de un brazo a su mujer y del otro a su hija. A todos se les notaba haber llorado algo, y Grete escondía de vez en cuando el rostro en el brazo de su padre.

—Salgan ustedes en seguida de mi casa —dijo el señor Samsa, indicando la puerta, pero sin soltar a las mujeres.

—¿Qué quiere usted darnos a entender con esto? —preguntóle el huésped de más autoridad, un poco desconcertado, y con tímida sonrisa. Los otros dos permanecían con sus manos entrelazadas a la espalda, frotándose las, como si esperaran jubilosos una disputa de la que saldrían ganadores.

—Quiero darles a entender exactamente lo que digo —repuso el señor Samsa, avanzando con sus dos acompañantes de frente hacia el huésped. Éste se quedó un momento silencioso, mirando al suelo, como si su mente fuera ordenando sus pensamientos.

—Si es así, nos marchamos —dijo al fin, dirigiendo la mirada al señor Samsa como si en un repentino acceso de humildad estuviera esperando autorización incluso para esto.

El señor Samsa se limitó a abrir mucho los ojos y afirmar, inclinando una y otra vez su cabeza.

En seguida, el huésped se dirigió a grandes pasos al recibidor; sus dos compañeros, que estuvieron escuchando y que momentos antes habían dejado de restregarse las manos, salieron pisándole los talones y dando saltos, como si temieran que el señor Samsa entrara al vestíbulo antes que ellos, separandoles de su líder. Una vez en el recibidor los tres agarraron del perchero sus respectivos sombreros, tomaron sus bastones del paraguero, hicieron una reverencia, silenciosa, y abandonaron la casa.

Con una desconfianza totalmente infundada, como luego se demostró, el señor Samsa y las dos mujeres salieron al descansillo, y reclinados sobre la barandilla observaron cómo esos tres señores, lenta y continuamente iban bajando la larga escalera, perdiéndose de vista al llegar a la

vuelta que daba ésta, en cada piso, y reapareciendo a los pocos momentos.

Conforme iban bajando, disminuía el interés que hacia ellos tuviera la familia Samsa. Y cuando el muchacho de la carnicería, que llevaba con orgullo su cesto en la cabeza, se cruzó con ellos para continuar subiendo, el señor Samsa y las mujeres dejaron la barandilla, y como sintiéndose aliviados de un verdadero peso, se entraron en su departamento.

Decidieron dedicar ese día para descansar y salir a dar un paseo; no sólo porque merecían mucho tomarse un respiro en el trabajo, sino porque les era absolutamente indispensables. Se sentaron pues a la mesa, y se pusieron a escribir tres cartas de disculpa. El señor Samsa a su principal, la señora Samsa al dueño de la tienda, y Grete a su patrón. Estaban absortos en la escritura, cuando entró la asistente para comunicar que se iba, puesto que había terminado su trabajo de la mañana. Ellos, al principio se limitaron a mover afirmativamente la cabeza sin prestarle mayor atención, pero al ver que ella no se iba, levantaron la vista con enojo.

—¿Qué ocurre? —inquirió el señor Samsa.

La asistente, con una sonrisa a flor de labios, permanecía en el umbral como si tuviera alguna buena noticia que dar a la familia, pero dando a entender con su forma de actuar que sólo lo haría luego de las correspondientes y adecuadas preguntas. La plumita de avestruz tan tiesa en su sombrero, y que ya encocoraba al señor Samsa desde el mismo día en que esa mujer entró a su servicio, se bamboleaba alegremente en todas direcciones.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó la señora Samsa, que era la persona a quien más respeto demostraba la asistente.

—¡Oh! —respondió ésta, riéndose con tantas ganas que ni hablar podía—, pues de qué ya no tienen ustedes que preocuparse de cómo deshacerse de esa cosa que había ahí en la otra habitación. Ya quedó todo dispuesto.

La señora Samsa y Grete se inclinaron de nuevo sobre sus cartas, preocupadas en lo que estaban haciendo; y el señor Samsa, barruntando las intenciones de la sirvienta, de contarle todo detalladamente, la detuvo con un gesto enérgico.

La asistente, al ver que no la dejaban contar su historia se acordó de que tenía prisa.

—¡Queden con Dios, todos! —dijo muy ofendida—. Con gran ímpetu dio media vuelta y dejó la casa dando un tremendo portazo.

—Esta noche la despediré —dijo el señor Samsa. Pero, ni su mujer ni su hija le contestaron, ya que la asistente parecía haber vuelto a perturbar aquella tranquilidad tan recientemente lograda. La madre y la hija se incorporaron y se allegaron a la ventana, junto a la cual se quedaron abrazadas. El señor Samsa giró su butaca para mirarlas, y las estuvo observando por un momento, calmadamente. Luego las llamó:

—Bueno, vengan para acá —dijo—. Ahora, pelillos a la mar, y tengan un poco de consideración también conmigo. Las dos mujeres se apresuraron a obedecerle, fueron hacia él, le acariciaron, y terminaron de escribir sus cartas.

Después salieron los tres juntos, lo que no hicieron desde hacía meses, y agarraron un tranvía para ir a tomar aire puro a las afueras de la ciudad. El tranvía, del que eran los únicos viajeros, estaba inundado de la cálida luz del sol. Muy a gusto recostados en sus asientos, cambiaron ideas sobre las perspectivas para el futuro, y llegaron a la conclusión de que bien miradas las cosas el porvenir no se presentaba tan mal, ya que sus colocaciones —sobre las que aún no se habían informado detenidamente entre sí— eran estupendas, y probablemente mejorarían en lo sucesivo. Lo que de momento más les convenía era cambiarse de casa, y esto sería una mejoría. Querían un departamento más pequeño y más económico y, también, mejor ubicado y más práctico que el actual, que fue escogido por Gregorio.

Y, mientras así conversaban, el señor y la señora Samsa se dieron cuenta, casi al mismo tiempo, de la creciente vivacidad de su hija, la que a pesar de todos los sinsabores de los últimos tiempos, que hicieron palidecer su semblante, era ahora una linda muchacha lozana, llena de vida. Tranquilizados, y casi sin darse cuenta, intercambiaron miradas de entendimiento, coincidentes en la conclusión de que ya era tiempo de buscarle un buen esposo.

Y cuando, al llegar al final del viaje la hija se puso en pie la primera y estiró su cuerpo juvenil, pareció como si

viniera a confirmar, así, los nuevos sueños y excelentes intenciones de sus padres.

#### LA GRAN MURALLA DE CHINA

La Gran Muralla de China ya fue finalizada en su extremo más septentrional. Dos secciones que venían avanzando del sudeste y del sudoeste convergieron allí. Este sistema de construcción por partes se aplicó también, en menor escala, por los dos grandes ejércitos de trabajadores, el de Oriente y el de Occidente. Se hacía de esta manera: se formaban grupos de unos veinte trabajadores, que tenían a su cargo un tramo de muralla de unos quinientos metros, en tanto que otro grupo similar que construía otro trecho de igual longitud, le salía al encuentro. Una vez realizada la unión, no se continuaba la construcción de la muralla a partir de ese punto, digamos, de los mil metros terminados, sino que los dos grupos de obreros eran enviados a otras regiones muy diferentes, donde se comenzaba de nuevo la edificación. Naturalmente que con este procedimiento iban quedando numerosas brechas, que se fueron llenando paulatina y muy lentamente, algunas, incluso; no se cerraron hasta tiempo después de que quedara oficialmente terminada la muralla. Y se dice que todavía existen brechas sin llenar, afirmación que probablemente no sea otra cosa que una de las numerosas leyendas que surgieron a raíz de la construcción de la muralla y que nadie ha podido comprobar con sus propios ojos, dada la extensión de la obra.

En principio se podría pensar que hubiera sido más conveniente, desde cualquier punto de vista, construir la muralla en forma continuada, o por lo menos imprimir continuidad dentro de las dos divisiones principales. Esta muralla, como se proclamó universalmente y es de todos sabido, tenía por miras protegerse contra los pueblos del Norte. Mas, ¿qué protección puede brindar una muralla que no ofrece continuidad? Ninguna. Al contrario, constituye un constante peligro. Los bloques de muralla abandonados en ese estado en regiones desérticas podrían ser derribadas con facilidad, una y otra vez, por los nómadas, en particular porque esas tribus, alarmadas por los trabajos de construcción, iban variando sus campamentos de lugar con increíble rapidez, co-

mo langostas, razón por la que seguramente tenían mejor perspectiva de los progresos de la obra que nosotros los constructores. Pero probablemente la tarea de construirla no se podía realizar de otra forma. Para comprender esto hay que tener en cuenta que la muralla debía servir de protección por siglos; por lo cual era imprescindible para conseguir esos propósitos observar el más escrupuloso cuidado en la construcción, emplear las más sabias técnicas arquitectónicas de todas las épocas y de todos los pueblos y contar con el perenne sentido de responsabilidad personal de los constructores. Es cierto que para las tareas de mano de obra podía utilizarse gente del populacho, jornaleros ignorantes, hombres, mujeres, niños, que ofrecían sus servicios por una buena paga; pero para la supervisión del trabajo de cuatro jornaleros se requería un hombre conocedor del oficio, un hombre que fuera consciente de la tarea en que estaba inmerso. Y mientras más alta era su función, mayor su responsabilidad. Y realmente sí se encontraban tales hombres, y en gran número, aunque no tantos como hubiera podido absorber la obra. El trabajo no se había emprendido a la ligera. Cincuenta años antes de poner la primera piedra de la obra, en toda el área de China que iba a ser amurallada se proclamó que el arte de la arquitectura, y en especial la albañilería, era la rama más importante de todo conocimiento; y a cualquiera otra arte sólo se la reconocía en función de su relación con ella. Aún recuerdo que nosotros, niños que apenas si nos manteníamos en pie, nos juntábamos en el jardín de nuestro maestro, donde se nos ordenaba levantar con piedrecitas una especie de muro; y que el maestro se levantaba la túnica, arremetiendo contra el muro. Desde luego, lo tiraba, y nos reprochaba tan enérgicamente por la fragilidad de nuestra obra, que corríamos, sollozando, en todas direcciones, en busca de nuestros padres. Una pequeña anécdota, muy típica, que nos revela el espíritu de la época.

Tuve la suerte de que la construcción de la muralla comenzara coincidiendo con mis veinte años y con el haber yo pasado el último examen de mi carrera. Y digo la suerte, pues muchos que antes que yo habían completado sus estudios pasaron año tras año sin la oportunidad de aplicar sus conocimientos, y vagaban sin rumbo fijo, con los más espléndidos planes arquitectónicos en la cabeza, fracasados y

sin esperanza. Mas aquellos que lograron puestos de capataces en la obra, aunque tan sólo fuera en la categoría más baja, eran realmente dignos de su tarea. Eran albañiles que habían reflexionado mucho —y no cesaban de reflexionar— sobre la construcción de la muralla; hombres que desde la primera piedra que pusieron se sintieron parte de la muralla. Es lógico que en esa categoría de albañiles no se encontrara sólo la voluntad de trabajar a conciencia, sino el apuro por ver concluida la obra a la perfección. El jornalero ignora esas impacencias, porque generalmente sólo le importa el salario. Los jefes superiores, y también los de escalón medio, observan lo suficiente los múltiples aspectos del desarrollo de la construcción de la obra como para mantener en alto su moral. Pero con los capataces subalternos, hombres espiritualmente superiores a sus tareas de apariencia muy trivial, había que tomar otras medidas. No se les podía tener, digamos, durante meses o tal vez años juntando piedra sobre piedra en una zona montañosa, desértica, a centenares de kilómetros de su casa; además la falta de perspectivas personales que encaraba un trabajo de esa naturaleza, que rebasaba los términos normales de la vida humana, les hubiera sacado de quicio e incapacitado para rendir como era debido. Por este motivo se eligió el sistema de construcción parcial. Quinientos metros solían hacerse durante más o menos cinco años, al cabo de los cuales los capataces estaban, por lo general, extenuados y habían perdido la confianza en sí mismos, en la muralla y en el mundo. Era en el momento de plena exaltación de las fiestas que celebraban la unión de los mil metros de muralla ejecutados, cuando se les mandaba lejos, muy lejos. En su viaje descubrían por aquí, y por allá, trozos de muralla terminados; pasaban por los campamentos de las altas jefaturas donde les otorgaban premios honoríficos; oían el regocijo de los nuevos ejércitos de trabajadores que llegaban de lo más alejado del país; divisaban bosques talados para afirmar la muralla; veían las montañas convertidas en canteras y escuchaban en los santuarios los brillantes himnos de los creyentes orando por la feliz conclusión de la muralla. Todo esto aplacaba su impaciencia. La vida apacible de sus hogares, donde descansaban algún tiempo, los fortalecía; la humilde credulidad con que se escuchaban sus relatos; la confianza de los

modestos ciudadanos en el cercano fin de la obra, todo eso sacudía las cuerdas de su alma. Como niños siempre esperanzados decían adiós a sus hogares; una vez más, el deseo de trabajar en la muralla de la nación se hacía irresistible. Partían de viaje antes de lo indicado; media aldea los acompañaba un largo trayecto. Grupos de gente con banderas ondeantes surgían por los caminos; nunca antes vieron cuán grande, rica, bella y digna de amor era su patria. Cada compatriota era un hermano para el que se levantaba la muralla protectora y que lo agradecía toda su vida, con todo lo que tenía y lo que era. ¡Unidad! ¡Unidad! Hombre contra hombre, una cadena de hermanos, una corriente de sangre no confinada a la mezquina circulación del cuerpo, sino rodando con dulzura, y sin embargo, siempre regresando a través de la inmensa China.

Así se explica ese sistema de construcción fragmentada, pero también existían otras razones. No es raro que me dilate tanto al respecto; por trivial que parezca a primera vista, se trata de un problema fundamental en la edificación de la muralla. Para comunicar y hacer comprensibles las ideas y experiencias de aquella época, nunca se insistirá lo suficiente sobre este asunto.

En primer lugar hay que tener presente que en aquel tiempo se llevaran a efecto obras apenas inferiores a la construcción de la Torre de Babel, pero que eran muy diferentes, si nuestros cálculos humanos no nos engañan, en cuanto a la aprobación divina. Digo esto, pues en los mismos días en que se iniciaba la obra, un erudito escribió un libro desarrollando justamente ese paralelo. Ese libro deseaba demostrar que el fracaso de la Torre de Babel no se debía a las razones que todos en general conocemos, o, mejor dicho, que las razones principales aún no se conocían. Sus pruebas no sólo se fundaban simplemente en informes y documentos; pretendían haber hecho investigaciones sobre el terreno y descubrir que la torre tuvo una falla, y que tenía que suceder a causa de la debilidad de los cimientos. A este respecto nuestra época era muy superior a esa otra ya lejana. En nuestros tiempos casi no existía un hombre educado que no fuera albañil de profesión e infalible en materia de cimientos. Pero esto no era, sin embargo, lo que nuestro erudito deseaba demostrar; su tesis consistía en que la gran muralla

daría por primera vez en la historia de la Humanidad una base sólida para levantar una nueva Torre de Babel. Primero la muralla, como es natural; luego la torre. El libro pasaba por todas las manos, pero tengo que admitir que hasta el día de hoy no acabo de comprender su concepción sobre la torre. ¿Cómo entender que esa muralla que no alcanzaba a formar una circunferencia, sino sólo un cuadrante o semicírculo, sirviera de base para cimentar una torre? Es obvio que eso sólo tiene un sentido espiritual. Pero entonces ¿con qué fin levantar la muralla, que después de todo era algo concreto, que requería toda una vida de trabajo de grandes multitudes? ¿Y a qué venían en el libro los planos de la torre —planos un tanto confusos, hay que admitirlo— y los distintos y detallados proyectos para encauzar las energías del Imperio en aquella inmensa empresa?

Existía en ese tiempo —el libro del erudito es sólo un ejemplo— gran confusión mental, quizá originada por el hecho de que tantos hombres persiguieran un mismo fin. La naturaleza humana, por esencia voluble, inestable como el polvo, no admite amarras; y si se las impone ella misma, no tardará, enloquecida, en romper sus ataduras, hasta hacer pedazos murallas, cadenas y a sí misma.

Es muy probable que estas consideraciones, contrarias a la edificación de la muralla, no dejaran de influir en las autoridades cuando se decidió adoptar el sistema de construcción fragmentada. Nosotros —ahora me estoy refiriendo a muchos— no nos conocíamos a nosotros mismos hasta que no escudriñamos cuidadosamente los decretos de la Alta Superioridad y descubrimos que sin ella ni nuestro conocimiento libresco ni nuestro entendimiento natural hubieran bastado para las humildes tareas que ejecutamos dentro de la inmensa obra. En la oficina de la Dirección —todos a los que interrogué ignoraban entonces y lo ignoran ahora dónde estaba y quienes se sentaban allí—, en ese despacho giraban ciertamente todos los pensamientos y todos los deseos humanos, y en círculo contrario todas las metas y todas las plenitudes. Por la ventana abierta un claro fulgor de mundos divinos caía sobre las manos de los líderes cuando trazaban sus planos.

Por lo tanto, el incorruptible observador debe admitir que la Dirección, si lo hubiera deseado seriamente, habría logrado

superar las dificultades que se oponían a un sistema de construcción continua. En otras palabras, debemos pensar que la Dirección eligió a conciencia el sistema de construcción fragmentada. Pero la construcción parcial era sólo una solución provisional y, por consiguiente, impropia. La conclusión es, pues, que la Dirección quiso algo inadecuado. ¡Extraña conclusión! Ciertamente, pero desde otro ángulo se puede justificar. Quizá ahora podríamos discutirlo sin peligro. Por aquellos días era máxima secreta de muchos e incluso de los mejores, la siguiente: Trata de entender con todas tus capacidades las órdenes de la Dirección, pero sólo hasta cierto punto; luego deja de meditar. Una máxima bastante razonable, que por otra parte se transformó en una parábola vastamente difundida: "Deja de pensar, mas no porque pueda resultarte perjudicial; no es tampoco seguro que pueda perjudicarte".

Aquí no tiene nada que ver la cuestión del daño o del no daño. Te ocurrirá lo mismo que al río durante la primavera. El río crece, aumenta su caudal, alimenta la tierra de sus riberas y mantiene su propio curso hasta penetrar en el mar, que lo acoge hospitalariamente por ser su más valioso aliado. "Esfuézate en comprender hasta ese límite las disposiciones de la Dirección". Pero luego el río inunda las tierras aledañas, pierde contornos y figura, retarda su curso, intenta ignorar su destino formando pequeños mares tierra adentro, daña los campos y, de todos modos, no puede mantener esa magnitud, y termina por retornar a su lecho y por secarse desventuradamente al llegar el verano. "No fuerce hasta allí sus reflexiones sobre las disposiciones de la Dirección".

Por acertada que resultara esta parábola mientras construían la Muralla, sólo tiene un valor muy relativo en este mi presente ensayo. Mi investigación es puramente histórica; hace mucho que desaparecieron los relámpagos de aquellas ya desvanecidas nubes tormentosas, y por eso puedo aventurarme a buscar una explicación del sistema de construcción fragmentaria, que vaya más allá de la que satisfacía en aquel entonces. Los límites de mi capacidad mental son bastante reducidos, pero la materia a examinar es infinita.

¿De quiénes nos iba a proteger la Gran Muralla? De los pueblos del Norte. Yo vengo del sudeste de la China, donde